

Juan Villoro

Nuevo corte de caja

Guillermo Vega Zaragoza

Juan Villoro es una de las voces literarias más sólidas de su generación: la de los nacidos en los cincuenta del siglo pasado. Demasiado jóvenes para vivir a plenitud el cataclismo trágico del 68, sus coetáneos entraron a un mundo de las letras puesto patas arriba por el vendaval de la mal llamada Onda, encabezado por ese acapulqueño avencinado en la Narvarte conocido como José Agustín. Las cosas ya nunca serían como antes. A mediados de los setenta, los onderos ya habían derribado muros, ampliado espacios y cambiado las reglas del juego. Varias son las irrupciones refrescantes que le debemos a la Onda: la aparición de la juventud de clase media en la literatura; la renovación, ampliación y antiolemonidad del lenguaje, y la incorporación de elementos de la cultura pop, sobre todo de la música rock, el cine y la televisión.

Alumno adelantado de Augusto Monterroso y Miguel Donoso Pareja, Villoro se distinguió desde el principio por haber hallado inspiración en la senda ondera, pero con una tesitura particular: sus relatos estaban habitados por jóvenes desencantados, cuyas historias de iniciación eran contadas por un narrador atildado, minucioso, atento a la vibración interna de las emociones y el lenguaje. Sus primerizos libros de cuentos, *La noche navegable* y *Albercas*, publicados por la prestigiada editorial Joaquín Mortiz, lo colocaron de inmediato en el centro de atención. Pero antes de llegar a la novela, Villoro se dio tiempo para experimentar con la crónica en *Tiempo transcurrido*, donde la ficción y la realidad se confundían en relatos y retratos generacionales y casi costumbristas. *El disparo de argón*, pero sobre todo *Materia dispuesta*, sus dos primeras novelas, representan sin duda el inicio del desmarcaje de Villoro en

relación con la Onda y lo preparan para el salto a la madurez de su obra posterior, que se manifiesta plenamente en *El testigo*, con la que consigue el prestigiado Premio Anagrama, y *Arrecife*, recién candidata al Rómulo Gallegos.

En 1992, la editorial venezolana Monte Ávila publicó una antología de relatos de Villoro, seleccionados por él mismo, provenientes de sus primeros tres libros, lo que se puede apreciar como un corte de caja preparatorio para lo vendría después. Ahora, veintiún años después, la española Seix Barral publica una nueva colección de cuentos y crónicas titulada atinadamente *Espejo retrovisor*. No se trata de una retrospectiva panorámica, ya que no abarca textos de todos los libros de tales géneros publicados por el autor, pues, como explica él mismo en el apartado introductorio, “no proviene de una detenida relectura, sino de algo que me parece más honesto desde la perspectiva del autor: el recuerdo de mis historias. No busqué los ‘mejores’ textos sino los más próximos a mi memoria, los que, por razones insondables y acaso sólo válidas para estos días, regresan a mi mente con mayor intensidad”.

El volumen está dividido en dos secciones. Dos de los cuentos de la primera no habían aparecido en libro. Los restantes provienen sobre todo de sus colecciones *Los culpables*, *La casa pierde* y *Albercas*. Todos ellos son representativos de las preocupaciones y obsesiones del Villoro en plena madurez: la perplejidad ante la belleza, el horror y la maldad que habitan el mundo, y el retrato puntual de hombres y mujeres que buscan su lugar en la Tierra, a veces infructuosa, a veces trágicamente. Se incluyen dos de los que algunos consideran los mejores relatos de Villoro: “Coyote” y “Los



culpables”, aunque uno los acompañaría también con “Campeón ligero”.

El segundo apartado es más variado y refleja los intereses perennes y más recientes del autor: tres crónicas sobre el zapatismo, con un entrañable retrato de su padre, el filósofo Luis Villoro, incluido; el fútbol, Andy Warhol; su célebre entrevista con Mick Jagger en Londres, la visita de Salman Rushdie a Tequila, Jalisco; el temblor que lo sorprendió en Chile y un seminario de Harold Bloom sobre *Hamlet*. Aquí se nos revela el Villoro más aventurado y experimental, integrando varios géneros como la crónica, el ensayo y el relato memorioso, a la manera de otros escritores afines (Sergio Pitol y Enrique Vila-Matas), pero con una variante distintiva: una aguda mirada de humor e inteligencia, incluso en los temas y momentos supuestamente más serios.

Además de servir como una buena puerta de entrada a la obra narrativa corta de Juan Villoro, este volumen podría ser considerado un segundo corte de caja en su carrera, un alto en la carretera para mirar atrás sin ira, una pausa obligada para apreciar lo hecho recientemente y prepararnos para el porvenir de uno de los escritores ineludibles de nuestra literatura. **U**

Juan Villoro, *Espejo retrovisor*, Seix Barral, México, 2013, 308 pp.